

LA VERDADERA DUDA NO SERÁ NUNCA VOLUNTARIA

Stella Villarmea

Ponencia, I Congreso del Área de Filosofía, Valencia, 6-8 enero 2003.

1. Introducción

Una de las interpretaciones habituales del pensamiento de Wittgenstein sugiere que éste se dedica a disolver problemas filosóficos tradicionales, entre los que se encuentra el del escepticismo. Siguiendo esta interpretación, se supone que el objetivo principal de *Sobre la Certeza* es la discusión de las posibilidades de éxito del escepticismo, y que la enseñanza que se deriva de esta obra es la necesidad de rechazarlo. Las razones de este rechazo tendrían que ver con lo inadecuado de plantear el escepticismo dentro del lenguaje cotidiano o científico, así como con la imposibilidad de recurrir a otro tipo de lenguaje, es decir, de conducir la discusión a un supuesto nivel filosófico. Por mi parte, considero más acertada una interpretación alternativa según la cual Wittgenstein no pretende diluir por completo el problema tradicional del escepticismo en *Sobre la Certeza*.

La tesis escéptica en su versión lingüística dice que no hay acceso cognoscitivo a aquello que dota de sentido a la realidad, es decir, que no podemos saber si estamos empleando el lenguaje con propiedad. Este tipo de escepticismo lanza el reto de que no haya manera de identificar o, mejor dicho, de describir, las reglas gramaticales. Que no haya, pues, manera de describir de un modo completo las condiciones de inteligibilidad

de nuestras declaraciones. No sólo no habría acceso cognoscitivo en sentido justificativo al origen del sentido, sino que tampoco habría acceso cognoscitivo en sentido descriptivo a ese ámbito originario. Bajo esta interpretación, la discusión por parte de Wittgenstein del escepticismo tiene lugar en el contexto de un debate sobre el conocimiento y los límites de todo discurso significativo.

2. ¿Autonomía de la gramática o dependencia de un elemento metafísico?

A lo largo de su trayectoria, Wittgenstein acepta la existencia del lenguaje y de la comunicación como un hecho, y sostiene que cualquier investigación filosófica que emprendamos deberá partir de este dato. La afirmación de que la filosofía debe limitarse a la descripción de los hechos lingüísticos, no es un resultado que deba aceptarse con resignación, sino el único comienzo posible de toda investigación. La tarea de la filosofía consiste así en investigar las reglas que gobiernan los diferentes juegos de lenguaje, es decir, en describir la gramática de nuestro lenguaje.

¿Cómo entiende Wittgenstein la gramática? En un principio, Wittgenstein considera que las reglas gramaticales se ocupan de describir cómo funciona el lenguaje, pero que no poseen ninguna finalidad más allá de dicha descripción. Mediante esta afirmación, Wittgenstein sugiere que la función de las reglas gramaticales no es describir cómo sea el mundo. Para entender esta tesis, basta recordar que Wittgenstein utiliza el término "gramática" de modo similar a como se usaba el término "lógica" en otros escritos, paradigmáticamente, en el *Tractatus*. Del mismo modo que la lógica no se ocupa de describir cómo sea el mundo, sino que regula nuestros juicios y razonamientos acerca de él; tampoco la gramática es una teoría acerca de la realidad,

sino una teoría acerca de la estructura correcta de las oraciones con sentido. Al igual que la lógica, la gramática no determina qué es verdadero o falso.

Pero, si bien es cierto que la lógica y la gramática no describen cómo es el mundo, también es cierto que el mundo no determina cómo son la lógica y la gramática. Así, las leyes lógicas no son como son porque el mundo sea de una determinada manera. Dicho de otro modo, existe una diferencia radical entre el ámbito de la lógica y el de la experiencia, que puede expresarse con el par de conceptos necesidad/contingencia. De manera semejante, las reglas gramaticales no deben su validez a una configuración específica del mundo. Wittgenstein defiende, pues, que no es el mundo lo que determina el significado de nuestras expresiones, sino que es la propia gramática la que las dota de significado. Cualquier discusión acerca de la verdad o la falsedad de una oración es, por tanto, posterior a la discusión acerca de su inteligibilidad:

La gramática no tiene que rendirle cuentas a ninguna realidad. Las reglas gramaticales determinan el significado (lo constituyen) y, de esta manera, no son responsables de ningún significado siendo también, en esa medida, arbitrarias. (1992, 361)

Para el Wittgenstein que adopta esta perspectiva, la tarea de la filosofía es la investigación gramatical, y ésta no tiene por qué contener ningún elemento metafísico. En tanto que la filosofía es análisis gramatical, su objetivo es disolver los malentendidos crónicos que originan los problemas filosóficos. La auténtica preocupación filosófica debe ser entender cómo está organizado el lenguaje, no cómo está construido el mundo. En este sentido, la gramática es independiente de la realidad, o dicho de otro modo, no pretende reflejarla .

Pues bien, es fácil comprender la independencia entre la gramática y la realidad, si recurrimos a una analogía con la lógica. No obstante, esta analogía carga inevitablemente con presupuestos del *Tractatus*, muchos de los cuales fueron abandonados posteriormente. En particular, al redactar las *Investigaciones*, Wittgenstein se fue dando cuenta de la importancia de incluir en el análisis de los juegos de lenguaje aspectos contextuales tales como las acciones de los hablantes, las circunstancias de sus declaraciones, la comunidad a la que pertenecen, la tradición en la que han nacido, etc. La mención de estos fenómenos introduce una tensión en la tesis de la independencia entre la gramática y la realidad, y es la explicación de que Wittgenstein aborde una aproximación no proposicional a la certeza.

En resumen, cualquier investigación del significado y, por tanto, de la certeza remite a un ámbito más allá del lenguaje en sentido estricto, puesto que ha de introducir aspectos tales como las acciones, actitudes, las circunstancias temporales y espaciales, el grupo sociolingüístico, etc. Esto significa que no podemos clausurar la investigación de la certeza exclusivamente mediante el análisis proposicional. Es así como Wittgenstein se ve envuelto en una aproximación no proposicional al ámbito de la certeza. En último término, ha de reconocer que junto con la gramática hay un mundo, y que la gramática ha de conjugarse con ese mundo. La supuesta independencia de la gramática queda, de este modo, en entredicho.

En efecto, la preocupación de Wittgenstein en *Sobre la Certeza* es mostrar que existen proposiciones ciertas, e identificar algunas de ellas. Pero esta tarea topa con el problema de que para descubrir si una proposición es o no cierta, es necesario tener en cuenta el contexto en el que se pronuncia. Desgraciadamente, las circunstancias normales de utilización de nuestras sentencias no son completamente especificables.

Pero si no hay reglas de utilización de nuestras proposiciones, entonces no es posible describir qué proposiciones son ciertas. La consecuencia inmediata de que no existan reglas para descubrir qué proposiciones son ciertas, es que tampoco sea posible realizar un compendio de las reglas gramaticales.

En este punto, quizá alguien se sienta tentado a extraer las siguientes conclusiones. La tesis de la independencia de la gramática tenía la inmensa ventaja de ofrecer una esperanza a la posibilidad de investigar *hasta el final* nuestro lenguaje. Si todo lo que teníamos que hacer era analizar el lenguaje, este análisis podría ser más o menos complicado, pero al menos el lenguaje estaría dado ante nosotros. Podíamos, pues, aspirar a encontrar las reglas que lo estructuraban, y tener así una visión del uso correcto del lenguaje. A la postre, tendríamos un método para solucionar las preguntas filosóficas, y para calificar como malentendidos las que así lo requirieran. La investigación filosófica podía, de este modo, aspirar a ser completa.

Pero si resulta que la gramática no es independiente y si, por tanto, hemos de tener en cuenta la inserción del lenguaje en el mundo o, dicho de otro modo, si hemos de mirar a todo lo que rodea el lenguaje, entonces la esperanza de lograr una descripción última de nuestro lenguaje adquiere tintes más negros. La tesis de que el lenguaje no es independiente, lleva a reconocer que, en último término, no podemos hacernos cargo del lenguaje en su conjunto. La investigación filosófica estaba, así, herida de incompletud; al mismo tiempo que se trasladaba a otro lugar primordial.

Wittgenstein pretendía desarrollar una investigación de la realidad mediante la descripción de las reglas que gobiernan nuestro lenguaje, de tal manera que no hiciera falta adentrarse en la metafísica. Pero, en último término, ha de aceptar que la investigación de las reglas va ligada a esta disciplina filosófica. Las consideraciones

anteriores implican que la gramática, concebida ya como incorporando elementos genéticos, está emparentada con la metafísica. La filosofía aspira a describir la realidad, pero ésta siempre nos queda demasiado lejos. Pero, al mismo tiempo, no podemos evitar internarnos en este terreno. De alguna manera, la metafísica tiene una prioridad absoluta como disciplina filosófica, si bien resulta ser la disciplina en la que menos éxitos podemos cosechar.

Sin embargo, y a pesar de lo plausibles que pudieran parecer las anteriores reflexiones, la posición de Wittgenstein se desliza por otros derroteros. De hecho, es precisamente en torno a esta cuestión donde Wittgenstein da el definitivo giro de tuerca, sin duda polémico, a su argumentación. En efecto, las conclusiones del párrafo anterior le parecen completamente precipitadas por las siguientes razones. Al igual que el análisis del lenguaje no es un medio para acercarnos a la realidad, tampoco necesita la investigación gramatical apelar a esa realidad para ser fundamentada. De modo que la tentación de intentar fundamentar nuestros juegos de lenguaje mediante la búsqueda metafísica de su finalidad o su esencia, no es sino un movimiento equivocado:

La filosofía no puede en modo alguno interferir con el uso efectivo del lenguaje; puede a la postre solamente describir ese uso. Pues no puede tampoco fundamentarlo. Deja todo como está. (1988, 124)

Así, uno de los cabos del análisis lingüístico llega a su fin cuando reconocemos la existencia de proposiciones ciertas. La investigación del lenguaje revela que existen proposiciones que todos y todas aceptamos cuando nos comunicamos. El papel de esas proposiciones es el de servir como punto de partida para todo aquello que digamos. Ellas determinan qué puede ser dicho con sentido. Al toparnos con ellas, no hemos de intentar encontrar la razón de su validez, es decir, no necesitamos fundamentarlas. Es

suficiente -- en realidad, se trata del único movimiento filosófico apropiado -- con haber comprendido que existen proposiciones ciertas. Este acercamiento de Wittgenstein a qué sea la gramática puede resumirse mediante el lema "la gramática es autónoma". No hay por qué suponer que el lenguaje haya de estar justificado o fundamentado. Pero, el carácter injustificable de nuestro lenguaje no debe considerarse ningún fallo o limitación por nuestra parte. Es el momento de las consecuencias que esta declaración tiene para el tratamiento del escepticismo.

3. La función del escepticismo

La afirmación por parte de Wittgenstein de que es imposible hacer filosofía primera o metafísica hasta el final, pero que ello no debe preocuparnos, puede dar lugar a dos valoraciones distintas en cuanto a las posibilidades de éxito del escepticismo. De un lado, se podría considerar que el que no podamos asomarnos desde lo alto para otear el cimiento último de nuestros pensamientos, es simplemente un hecho. El sustrato de la certeza nos constituye de tal modo que carecemos de la perspectiva necesaria para describirlo; no podemos desdoblarnos. Este planteamiento implica calificar el escepticismo como absurdo. Ninguna duda escéptica consigue quebrar nuestras seguridades. Según hemos visto, ésta es la posición más evidente de Wittgenstein.

De otro lado, se podría considerar que afirmar que existe un núcleo inasequible e irrefutable, supone, justamente, una petición de principio frente a este tipo de escepticismo. Desde esta segunda perspectiva, la postulación del ámbito de la certeza es ella misma cuestionable y no puede cumplir el objetivo de refutar el escepticismo. Dejaría de ser inverosímil, entonces, la posibilidad de que se produzca un profundo desapego interior a las evidencias empíricas. A pesar de lo dicho anteriormente, en el

sentido de que la duda general no produce en nosotros desaliento, Wittgenstein tendría que reconocer que no siempre nuestra reacción ante la duda escéptica es la de desapego.

Esta disyuntiva nos enfrenta al problema de decidir cuál de las dos valoraciones es la adecuada, es decir, a la dificultad de determinar a qué tipo de criterio podríamos apelar para elegir entre ellas. El problema es que, al llegar a este punto, cualquier decisión que tomemos implicaría, en mi opinión, una petición de principio. O lo que es lo mismo, las razones de esa decisión no tienen por qué ser aceptadas por las dos partes implicadas, el escéptico y su contrario. En realidad, todo apunta a que, en último término, esta decisión no es racional. Wittgenstein no puede probar sus conclusiones. El lector puede aceptar o rechazar sus presupuestos, pero su decisión no estará basada, en cualquier caso, en razonamientos. Luego el tablero de juego no es aquí la disquisición argumentativa, sino un ámbito previo a ésta. En sintonía con posiciones recurrentes en su carrera, se podría aventurar la tesis de que quizá este ámbito tenga, en realidad, un carácter ético.

Para terminar, en relación con estas cuestiones es interesante destacar una característica esencial de la manera como tradicionalmente se ha llevado a cabo la tarea filosófica. A los ojos del epistemólogo tradicional, la discusión del escepticismo mostraba que la pregunta por el conocimiento era legítima, incluso si no había respuesta. Merece la pena investigar, aun cuando no lleguemos a conclusiones definitivas. Wittgenstein pertenece a esa misma tradición, en la que el filósofo es consciente de las limitaciones del ser humano, y se toma en serio la posibilidad de preguntar, con independencia de que sea o no posible responder. En este punto, hemos de recordar la importante categoría de lo insensato (*unsinnig*) pero valioso del

Tractatus. Puede que la respuesta al problema del escepticismo pertenezca ya no tanto al ámbito epistémico sino al de lo místico.